

¿HAN CADUCADO LAS FRONTERAS ENTRE MISION Y DIACONIA?

Dr. Hans-Lutz Poetsch

Si hemos de dar crédito a las informaciones que nos llegan de aquí y allá, el panorama se presenta bastante sombrío: El número de cristianos parece decrecer en lugar de aumentar. La diaconía va siendo desplazada por planes de desarrollo y por la obra social del Estado y organizaciones de beneficencia. Hasta las iglesias mismas parecen empeñarse más en este tipo de actividades que en la propagación del evangelio. "Fronteras caducas" —esto podría significar que tendemos a contemporizar con el concepto secular de "amor al prójimo" y solidaridad interhumana; que nos apartamos más y más de la obra misional y la diaconía; que los principios tradicionales que impulsan el actuar cristiano nos parecen impedimentos y limitaciones— en fin, algo caído, algo que hay que remover.

A modo de ilustración: El protestantismo en Alemania Occidental cuenta hoy día con dos agencias informativas: e. —epd— (Evangelischer Pressedienst — Servicio Evangélico de Prensa) de las iglesias nacionales, y el —idea— (Informationsdienst der Evangelischen Allianz — Servicio Informativo de la Alianza Evangélica) publicado por los círculos, asociaciones e iglesias evangelicales, o como se decía antes: pietistas. Las noticias de —epd— evidencian que en las iglesias nacionales y federaciones mundiales cristianas, la ayuda para el desarrollo y la actividad social y socio-política predominan sobre la obra misional y la diaconía. En cambio, —idea— revela la tendencia opuesta: allí el lugar destacado lo ocupan las informaciones acerca de misión, evangelización y diaconía cristiana al estilo 'clásico'. ¿Quiere decir esto que aquí se nos ofrecen dos mitades que reunidas constituyen el todo de la realidad cristiana moderna? ¿o estamos ante dos formas distintas de cristianismo, de las cuales la una puede adaptarse a las exigencias del momento actual, mientras que la otra sigue en los carriles tradicionales y conservadores?

La situación del presente nos obliga a orientarnos una vez más acerca de los principios cristianos básicos, y a de-

cidir qué camino queremos tomar como iglesia luterana y como cristianos luteranos. Cuando levantamos colectas para la obra misional en Sudáfrica o para nuestros asilos de huérfanos y de ancianos, es imprescindible saber qué estamos haciendo y a qué fin van destinadas nuestras ofrendas. Y ello es tanto más necesario por cuanto también de parte de los evangélicos se registran últimamente ciertas 'correcciones de órbita'. En julio del año pasado se celebró en la ciudad suiza de Lausana el gran Congreso Internacional Sobre Evangelización Mundial, bajo la dirección de Billy Graham, que reunió a más de 3.000 delegados de todos los continentes; allí se enfatizó entre otras cosas que el compromiso político-social entra en la esfera de responsabilidad cristiana en un grado no menor que la difusión del evangelio. No podemos eludir, pues, la necesidad de darnos cuenta cabal acerca de nuestra propia posición, en circunstancias en que ciertos círculos conscientemente confesionales exteriorizan la opinión: Jesucristo dijo, al ascender a los cielos, que prediquemos el evangelio; del amor al prójimo no habló. Por consiguiente, no haremos otra cosa que lo que él nos mandó. En el fondo, la diaconía es superflua, es un lujo que la iglesia se permite.

I

Se nos relata en los Evangelios que Jesús se presentó entre los judíos con este mensaje: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt. 4:17). En los muchos discursos y dichos de Jesús que llegaron hasta nosotros, el Maestro llamó la atención de la gente al hecho de que urgía un retorno a Dios. Pero al mismo tiempo atendió también a las necesidades de los enfermos y hambrientos y afligidos. Hizo lo uno sin descuidar lo otro. Jesús venía a traer la reconciliación con Dios — el pueblo deseaba ayuda material "aquí y ahora". En opinión de ellos, el "reino de los cielos" evidentemente era sinónimo de finalización de los padecimientos terrenales, las enfermedades y los males mayores o menores que tanto nos amargan la vida. Es verdad, Jesús prestó su ayuda; pero a veces nos sentimos tentados a preguntar si prestó ayuda suficiente. De otra manera, ¿cómo se explicaría que al fin de cuentas el pueblo se avino a exigir su ejecución?

Los discípulos de Jesús, los apóstoles, recorrieron todos los países limítrofes del mar Mediterráneo con el mensaje del Cristo resucitado. Se los escuchó con asombro. Pero ni bien Pedro o Juan o Pablo curaba a un enfermo, la gente se agolpaba en torno de ellos y les traía a sus vecinos o parientes afectados por algún mal. La predicación del evangelio, justo es reconocerlo, causaba una profunda impresión; por todas partes surgían nuevos grupos de creyentes. Pero la gran sensación era ver cómo estos cristianos se preocupaban por los que vivían en la miseria, y cuán dispuestos estaban a socorrerlos.

Y este estado de cosas continuó también en la historia posterior de la iglesia primitiva. Donde llegaba el mensaje Salvador que había venido para librar a la humanidad del pecado y de la muerte, se lo recibía con fe — o también con escepticismo y abierta resistencia. Los más dispuestos a dar crédito a los creyentes solían ser los sufrientes. Que se los amaba a ellos, y que se hacían esfuerzos por ayudarles — a las viudas y los huérfanos, los achacosos e inválidos, los hambrientos y oprimidos— esto era algo inusitado. Verdad es que también en el antiguo estado romano se sentía un cierto grado de responsabilidad por los indigentes. Pertenecía al "status" de un alto personaje el estar rodeado de una multitud de pobres que vivían de su generosidad. El senado romano institucionalizó la distribución de alimentos compartiendo así con los ciudadanos los ingresos provenientes de las colonias. Pero lo que hacían estos cristianos tenía un carácter distinto. Su solicitud por los esclavos y por los desesperados no obedecía al propósito de adquirir renombre entre sus semejantes. Lo que daban, no eran sobrantes de su opulencia material, pues por lo general no pertenecían a la clase adinerada. Su móvil era otro, y la gente lo descubrió instintivamente.

El cristianismo fue rotulado a menudo como "la religión del amor". Este nombre aún persiste, a pesar de que en el correr de los siglos se libró en el nombre de Cristo más de una guerra feroz; es que se tenía la fundada sospecha de que con tales "cruzadas" se trataba de un abuso del evangelio y de la iglesia cristiana. Príncipes y sacerdotes, ávidos de poder, conocedores de lo eficiente que resulta esta ins-

titución como medio para influir sobre la opinión pública, la pusieron al servicio de sus fines egoístas. Y cuando se había dejado por el suelo la reputación del cristianismo, y se vio que la iglesia ya no era instrumento útil en este juego de intereses mezquinos, se le dio un puntapié y se probó fortuna con otras organizaciones. Hoy día son los partidos políticos y asociaciones similares, fundados a veces con muy sanos propósitos, los que han de servir de picadero para los ambiciosos de poder y de fama, con el resultado de que las guerras, declaradas o no, que se libran en nuestro tiempo presente, sin la ayuda del "brazo eclesiástico", se han tornado tanto más brutales y encarnizadas; y ni qué hablar de lo que sucede allí donde se lucha bajo la bandera de las ideologías, estas pseudo-religiones de un mundo descristianizado; allí se superan con creces todos los horrores de la esclavitud de antaño.

¿Qué es lo peculiar del cristianismo? Lo peculiar es y será siempre el amor. No el afecto natural que es parte de nuestra existencia humana, como p. ej. el amor maternal o el amor matrimonial, sexual, sino el don especial que sólo Dios puede concedernos y que está ligado inseparablemente con la confianza personal en Jesucristo. Este don se hizo visible con especial claridad en la cruz del Gólgota. El Jesús clavado allí se da a sí mismo para redimir a la humanidad. Él no nos necesita. Nosotros somos seres creados; el que nos creó no depende ni nunca dependió de nosotros. Por nuestra rebelión, él podría haber dejado que nos hundiésemos en la nada de donde nos llamó. Pero en lugar de esto, él viene para remover la montaña de iniquidad, egoísmo, presunción y culpa que hemos acumulado entre nosotros y nuestro Dios y Señor. Esto es amor, un amor como los hombres jamás podemos brindarlo. Toda la ayuda que Jesús prestó a los enfermos y menesterosos puede dar sólo una débil idea de lo que es la ayuda única que recibimos una vez por todas mediante su muerte. Es por esto que Jesús fue resucitado. Pues el amor divino vence aun a la misma muerte, que nosotros podemos causar pero no abolir. Dios la abolió en Jesucristo, su Hijo. Quien deposita su confianza en él, tiene parte en Su vida y tiene además la certeza

de seguir viviendo aun más allá de las barreras del tiempo terrenal.

El amor cristiano tiene su base y su fuente de nutrición únicamente en Jesús. Jesús es también el que imprime a este amor su naturaleza característica. De ahí que los que "han sido alcanzados por Cristo Jesús" (Fil. 3:12) estén dispuestos también a acercarse con amor a sus semejantes. En esta forma pueden superarse incluso enemistades personales — en imitación de nuestro Señor que murió por sus enemigos.

Este amor va de persona a persona. No obedece a una estrategia especial o a un planeamiento premeditado, sino que se despliega donde y cuando hay necesidad de ayuda. No nos detenemos a formularnos la pregunta: "¿Tiene sentido lo que estamos haciendo? ¿Serán exitosos nuestros esfuerzos?" No; simplemente, al ver la dificultad del otro nos sentimos impulsados a actuar, vencidos por el amor de Cristo que llena nuestro corazón. ¿Cómo puede ser esto? Sólo puede entenderlo aquel de entre nosotros que personalmente haya sido alcanzado y consolado en su corazón y conciencia por el amor divino.

El amor de Jesucristo es el motivo dominante en la obra de la misión y de la diaconía. Debemos tener presente que el ser humano es un todo integrado por cuerpo, alma y espíritu. La medicina moderna ha comenzado a comprender, a su manera, que la conexión entre nuestro cuerpo (en griego "soma") y nuestra alma (en gr. "psykhé) es mucho más estrecha de lo que antes se suponía. Ello condujo a que la psicósomática constituya, desde hace unas cuatro décadas, una rama importante de la investigación médica. Para los cristianos, el conocimiento de este hecho arranca no sólo con el año 1930 — no porque estuvieran más avanzados en ciencias biológicas, sino porque la palabra de Dios, la Biblia, ya lo reveló hace miles de años. "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" este es el mensaje que estamos llamados a transmitir; para esto somos "iglesia", instrumento de Dios para nuestro tiempo. Los mensajes se transmiten con palabras, por medio del idioma. Por esta razón enviamos a nuestros evangelistas y misioneros por las calles del mundo. Ellos anuncian los grandes hechos del Todopoderoso: la entrega de su Hijo a la humanidad ex-

traviada; ellos ponen a la gente en contacto con Aquél que en este mundo de quebrantos puede conferir un nuevo sentido a su vida. Así se rompen los lazos atávicos de nuestra situación de esclavos del pecado, y podemos volver a levantar la cabeza. Notamos que no nos hallamos en un círculo cerrado del cual no hay escapatoria. El Señor abrió una brecha en el muro, y nosotros hemos quedado libres — libres para Dios, y con ello libres para nosotros mismos. Pero arrepentimiento significa cambio de rumbo, y hay muchos que no quieren cambiar. Se empecinan en seguir su camino equivocado. Por ende, la divulgación del evangelio siempre estará acompañada de resistencia y enemistad. En este sentido, las experiencias que hará la cristiandad no serán mejores que las que tuvo que hacer su Salvador. Pero esto no debe desanimarnos. Quien entró en contacto con el amor de Jesús, no puede menos que confesarlo. Y una congregación o iglesia que cesa de transmitir el gran mensaje —tanto en su vecindario como en países lejanos— ha faltado a su misión y está condenada a perecer.

El divulgar el mensaje de la Cruz y Resurrección de Jesús no es un mero hablar. Siempre estará implicado también el compromiso personal. Nuestra fe nos impulsa a hablar, pero nuestra fe nos impulsa también a actuar. Diaconía es en castellano "servicio". Sirviendo a Dios nos dirigimos a nuestro prójimo dispuestos a servirle. Al ver sus problemas, sus dificultades y su desesperación, el amor del Señor nos mueve a interesarnos por él y llevarle nuestra ayuda. No puede ser de otra manera. Redimir a alguno nos es imposible; sólo podemos hablar de la redención que nosotros mismos experimentamos. Pero lo que sí podemos es ayudar donde se necesita ayuda; y al hacerlo no nos detenemos en largas consideraciones sino que ponemos manos a la obra. He aquí el motivo por qué la obra misional y de evangelización está acompañada de la diaconía. Instituciones tales como asilos de huérfanos y ancianos, hospitales y sanatorios, originalmente se crearon en conexión con el trabajo misional y evangelístico. La diaconía jamás prescinde de la comunicación del evangelio; si prescinde de ella, deja de ser diaconía, y deja de ser servicio a Dios. Y aquel que sabe que su propiedad le fue confiada para que la administre, no se limitará a retener, sino que repartirá,

sabiendo que Dios cuida de él como por nuestro intermedio quiere cuidar de otros.

“Fronteras caducas” — pienso que lo primordial es llegar a experimentar esto: que las fronteras de nuestro concepto egoísta de la vida fueron hechas caducas por el Espíritu de Dios, y ahora nos damos cuenta del potencial de fuerzas que el Señor nos ha dado para que las apliquemos al servicio de él y de nuestros semejantes.

II

Pero ¿qué es la “acción social” y la “responsabilidad sociopolítica”? ¿Qué significado tiene la “solidaridad interhumana” y la “ayuda para una vida más plena”?

Lo más indicado será comenzar con la ilustración de que se valió Samuel Escobar en el Congreso sobre Evangelización Mundial realizado en Lausana: “Imagínese a nuestra tierra como una aldea de 100 habitantes. 67 de los habitantes de esta aldea viven en la pobreza. Los restantes 33 gozán, quien más, quien menos, de un relativo bienestar. En el total de la población hay 7 norteamericanos. Las demás 93 personas observan cómo estos 7 norteamericanos gastan la mitad de todo el dinero disponible, consumen la séptima parte de todos los alimentos y poseen la mitad de todas las bañaderas. Los 7 disponen de 10 veces más médicos que los 93. Entretanto, el nivel de vida de los 7 se eleva constantemente, mientras que el de los 93 desciende más y más... Como integrantes del grupo de los 7 opulentos nos esforzamos por ganar para Cristo a cuantos podamos de los 93. Les hablamos de Jesús, y ellos a su vez nos observan, boquiabiertos, como desnaturalizamos mayor cantidad de alimentos de lo que ellos jamás esperan poder consumir. Nosotros desplegamos una febril actividad para levantar magníficos templos, y ellos roban para poder dar un techo y un pedazo de pan a su familia. Nosotros depositamos nuestro dinero en los bancos, y ellos carecen hasta de los pocos pesos que necesitarían para comprar siquiera los alimentos más imprescindibles para sus hijos. Y entre tanto les contamos que nuestro Señor fue el siervo de la humanidad, el Redentor que nos dio todo lo suyo, incluso a sí mismo, y que nos exhorta a darlo todo a él... Nosotros

pertenecemos a la minoría rica de este mundo. Puede ser que lo hayamos olvidado, o que no le asignemos importancia. Pero la pregunta decisiva es si los otros 93 pueden olvidarlo." ('Evangelización y el clamor del hombre por libertad, justicia y plenitud'.)

Las estadísticas revelan no sólo que es exacto el cuadro trazado por S. Escobar de los norteamericanos, sino que también los 33 que gozan de una posición más o menos desahogada pertenecen a las así llamadas "regiones cristianas" de nuestra tierra. Está claro que allí donde cristianos saciados y autosatisfechos ofrecen la palabra de la reconciliación a pueblos hambrientos sin que por ello disminuya el hambre de aquella gente — está claro, digo, que allí existe una barrera.

Aquí tenemos uno de los factores que conducen al postulado que identificamos con el término "evangelio social". Según dicho postulado, la tarea primordial de la cristiandad no es predicar la justicia de Dios en Cristo Jesús, sino luchar para que en este mundo reine la justicia. La acción diacónica se asemeja a la proverbial gota en el mar si no va aparejada con el esfuerzo de cambiar las malas condiciones. Esto quiere decir que las injustas estructuras sociales y políticas deben ser abolidas y superadas. Los 93 ó 67 indigentes deben ser llevados a una posición en que les sea posible pasar al grupo de los 33 de existencia asegurada, o hasta al de los 7 que nadan en la abundancia. Si el evangelio es en verdad un mensaje liberador, no puede limitarse a liberar las almas de los hombres para una vida mejor en el más allá, sino que su efecto debe mostrarse ya aquí y ahora.

Estos argumentos suenan muy convincentes. Hasta donde podemos ver nosotros, la reducción del poder que osentan p. ej. las clases feudales de Latinoamérica, la abolición del colonialismo blanco en Africa y el Lejano Oriente, debieran conducir a un florecimiento económico que beneficiaría a todos. Más importantes que hospitales parecen ser escuelas, granjas modelo, y en última instancia, instituciones en que se dan cursos de teorías económicas y políticas al estilo occidental. Una vez que los negros de Africa y los papúas de Nueva Guinea se hayan familiarizado con el fun-

cionamiento de una democracia multipartidaria, forzosamente tiene que producirse una prosperidad que tarde o temprano hará superflua la mayor parte de asistencia diacónica. De ahí la subvención de organizaciones guerrilleras como el FRELIMO de Mozambique por parte del Concilio Mundial de Iglesias, de ahí la acción político-social de muchas agrupaciones cristianas en el continente sudamericano, de ahí también el clamor de amplios sectores en Europa por una teología social cristiana. Hasta se plantea la pregunta de si no sería conveniente que el cristianismo y el marxismo cooperasen en determinadas áreas para mejorar las condiciones en esta tierra y garantizar la supervivencia de la humanidad que en el año 2.000 llegará probablemente a los 7.000 millones de almas.

Esta opinión la habremos de tener en cuenta si queremos hablar de la obra misional y diaconía de nuestros días. Para ello no es preciso que escojamos los puntos de vista de modernistas extremos que abogan por suplantar la divulgación del evangelio con la responsabilidad socio-política; para nosotros, Jesucristo seguirá siendo el centro, en cualquier caso.

Resulta siempre de utilidad echar una mirada a la historia de la iglesia. Veremos entonces que la problemática del "evangelio social" ya se ha dado repetidas veces. Como ejemplo más conocido citaremos la guerra de los campesinos en tiempos de la Reforma de Lutero. Los campesinos, semi-esclavos, aspiraban a ser libres. El evangelio les había prometido la libertad. Ahora esperaban que esta libertad les fuera otorgada sin más tardanza. Los señores, la nobleza, los príncipes, ¿no eran cristianos ellos también? Luego debía ser para ellos lo más natural del mundo conceder a sus hermanos en Cristo la libertad y la propiedad que con justa razón reclamaban. Martín Lutero apoyó a los campesinos en sus escritos. Pero en el momento en que los campesinos tomaron las armas para imponer sus exigencias por la fuerza, el Reformador se dirigió en contra de ellos. Pues el evangelio de Cristo Jesús no es un mensaje de la violencia. Sólo el amor de Cristo puede superar condiciones opresivas; cualquier otro medio fallará. Sucedió lo que tuvo que suceder: los campesinos fueron derrotados, y sus instigadores

ejecutados como rebeldes. No hay dudas de que sin la guerra de los campesinos, la servidumbre habría sido abolida mucho antes; pero así perduró aún por espacio de unos 200 años.

Algo similar podemos constatar en los tiempos actuales, p. ej. en la forma como se desarrolla la situación en Mozambique donde el Concilio Mundial de Iglesias participa substancialmente en la subvención de las organizaciones de guerrilleros: matanzas y asesinatos se repiten a diario, y el cuadro general va tomando paulatinamente un cariz que nos recuerda las horribles escenas vividas por el Congo pocos años atrás. Aquí se evidencia algo que siempre ocurrió y siempre ocurrirá: La cristiandad que se aparta de su misión, y que busca no sólo el "reino de Dios" sino al mismo tiempo el perfeccionamiento del reino terrenal, aumenta la injusticia y agrava la situación. Esfuerzos político-sociales, por bien intencionados que fuesen, no son de la incumbencia de la iglesia. No cuentan con la promesa divina. Mejoraron el mundo de hoy tan poco como las Cruzadas mejoraron el mundo de los siglos 12 y 13.

Y no obstante tenemos la impresión de que hay algo de correcto en el cuadro trazado por S. Escobar. ¿No sería tarea de los 7 compartir algo de su riqueza con los demás? ¿Por qué vivimos en la opulencia y regulamos nuestra alimentación según la cantidad de calorías para no aumentar demasiado de peso, mientras que una parte tan grande de la población del globo padece hambre o se muere de hambre? ¿Es necesario que nosotros elevemos constantemente nuestro nivel de vida, mientras que la mayoría vegeta por debajo de un mínimo vital? Y otro factor que debemos tomar en cuenta: El misionero, p. ej. en Africa, influye sobre el nativo no sólo con el evangelio, sino también con su forma de vida. Los artefactos eléctricos, la heladera, todo ese equipo técnico evidencia una superioridad de la civilización "blanca" que el negro asocia automáticamente con el cristianismo. Ser un cristiano significa para él: participar de los bienes de consumo occidentales. El culto "Cargo" de Oceanía es una expresión elocuente de esa conexión entre fe y civilización que prevalece entre los polinesios: Vendrán mensajeros de los dioses y traerán todos los bienes que

ahora nos faltan, e inaugurarán el paraíso en la tierra — y los misioneros occidentales son estos mensajeros de los dioses. Ya que ellos traen los bienes deseados, su mensaje debe ser cierto. Por esto se acepta el evangelio de Jesucristo: porque parece garantizar la participación en los tesoros del Occidente.

Bien: podríamos aducir unas cuantas cosas en defensa nuestra. Por una parte, no todos los hombres blancos son cristianos; tampoco lo son todos los norteamericanos, aun cuando estén afiliados a una iglesia. Por otra parte, el misionero que viene de la zona templada no resiste el clima sofocante de los trópicos si no dispone de ciertos medios de ayuda.

Pero esto no es lo decisivo. Debemos darnos cuenta de que tras el concepto del "evangelio social" se esconde una línea de pensamiento totalmente distinta: no una línea que arranca de Dios y pasa a nuestro semejante, sino una línea que parte del hombre y conduce hacia Dios. Esto significa que no es la Biblia la que da las directivas válidas para la obra misional y la diaconía, sino que las necesidades humanas son el factor preeminente. Y significa además que se quieren subsanar los malestares sociales y políticos con medios humanos, porque se cree que los medios divinos solos no son suficientes. Por esto, en lugar de buscar las pautas en el encargo de Cristo, se intenta convertir a Cristo mismo en revolucionario para justificar de esta suerte las propias metas personales. Si damos lugar a tales procedimientos, vamos por camino resbaloso donde el peligro de caer es prácticamente inevitable. No podremos permanecer en el amor de Cristo, sino que bien pronto tendremos que recurrir a la fuerza y a medios de presión. Por absurdo que suene para la experiencia puramente humana: Sólo el amor de Cristo, este instrumento al parecer tan débil, puede bajo la bendición de Dios remediar en forma efectiva los malestares, hasta los de la sociedad y de la política. "Amor de Cristo" empero significa que nosotros permanezcamos unidos a Cristo, que demos testimonio de su mensaje a tiempo y a destiempo, y que en su nombre prestemos nuestro servicio diacónico dondequiera que veamos la necesidad para ello. Es muy probable que esto origine ciertas planificaciones y estrategias; pero éstas serán determinadas no tanto

por el posible éxito sino antes bien por las posibilidades que tengamos y que podamos poner en juego. Y aunque no parezca más que una gota en el mar: es el Creador y Señor del universo el que puede conferir — y muchas veces confirió — poder explosivo a esta gota. Finalmente quisiera citar una frase de la "Declaración de Lausana" que nos debiera dar que pensar a todos en vista de nuestro standard de vida: "Todos nos sentimos sacudidos por la pobreza de millones de personas y perturbados por las injusticias que la causan. Los que vivimos en situaciones de riqueza aceptamos nuestro deber de desarrollar un estilo de vida simple a fin de contribuir más generosamente tanto a la ayuda material como a la evangelización" (párrafo 9).

III

¿De qué modo hemos de cumplir hoy día con nuestro mandato misional y nuestra responsabilidad diaconal?

No pensemos que nuestro testimonio y servicio se agota con el aporte que hacemos a acciones eclesiales y cristianas. No es el caso que los pastores y diáconos, las diaconisas y enfermeras, los encargados de hogares y asistentes misionales hacen el trabajo en representación nuestra. Muy al contrario: cada uno de nosotros está llamado al servicio en el lugar donde se encuentra.

La gran innovación de la Reforma de Lutero en este sentido es que hizo resurgir en la cristiandad esta convicción: Cada cristiano, como miembro del sacerdocio común de todos los creyentes, está llamado a participar activamente en el trabajo del reino de Dios conforme a sus dones y posibilidades. Quisiera referirme en especial a dos áreas: nuestra profesión, y nuestra iglesia local.

a) Todos tenemos una profesión. La tuya puede estar ubicada en el sector industrial, o comercial, o agrícola, o donde fuere — y además eres, "de profesión", colega, miembro de una familia, vecino. Constantemente nos vemos puestos en contacto con otros hombres, que muy a menudo no son personas de nuestra propia elección. Quieras o no quieras: en tu ambiente, tú actúas como cristiano. La gente se fija en ti porque sabe —¡ojalá lo sepa!— que tú sigues a Cristo. Quizás esto te acarree las burlas, o la enemistad,

de uno y otro. Pero si ese otro padece alguna necesidad o ansiedad, o si corre algún peligro, posiblemente se acerque a ti y espere algo de ti: una palabra de orientación tal vez, un apoyo, una disposición de ayudarle a llevar su carga. ¿Te das perfecta cuenta de esto?

Otro ejemplo: En el puesto donde estás, haces tu trabajo como cristiano — no para quedar bien con el patrón, sino por amor a Cristo. Tu intención no es ser considerado como el “empleado ejemplar”; antes bien, quieres que tu forma de trabajar responsable, cuidadosa y aplicada redunde en glorificación de Dios. Esto tendrá sus consecuencias también de índole misional y diaconica. Está de moda hablar del “vivir para los demás; esta “vida para los demás” puede manifestarse de un modo genuinamente cristiano a través del altruismo con que te desempeñas en tu quehacer diario. Es un error pensar que el pastor y los funcionarios eclesiásticos con dedicación exclusiva son los que edifican el reino de Dios; cada uno de nosotros tiene que cumplir su parte en esta tarea. Con esto demostramos que somos “hijos de la luz” como lo expresa Jesús. Y si a veces desfallecemos a mitad de camino, o fracasamos, o perdemos la paciencia, sabemos muy bien dónde podemos hallar consuelo y perdón y nuevas fuentes de vigor: en Cristo Jesús, en su palabra y promesa, en su sacramento que revitaliza nuestra fe.

b) La iglesia local es el escenario donde se desenvuelve nuestra comunidad de vida cristiana. Nada indica que esta iglesia local se transformará de la noche a la mañana en la “sociedad ideal”. Pero esto sí: se siente unida mediante la fe común, mediante la confesión común del Dios Trino, y sin duda también por el compromiso contraído en común de servir en la obra misional, en la evangelización y en la diaconía. Es tener un concepto erróneo de la iglesia como “cuerpo de Cristo” si se la concibe meramente como entidad que desarrolla cierto programa de servicios religiosos. La iglesia es mucho más que esto: es un centro espiritual que constantemente irradia amor en derredor suyo, y que hace sentir a su vecindario algo de la misericordia de Dios.

Se preguntó si hoy día no sería conveniente que cada iglesia local tuviera una determinada institución diaconica, digamos un jardín de infantes, o un saloncito para la re-

creación de gente anciana, o algo por el estilo. Se pueden tener diversas opiniones al respecto. No cabe duda de que tales instituciones serían un buen puente hacia nuestro ambiente neopagano. Pero hay un hecho indiscutible: "los de afuera" esperan algo de la iglesia local, aun cuando se rien de la fe cristiana. La iglesia no pasa tan inadvertida ni se halla tan aislada como a veces le parece. La pregunta es: ¿qué partido sacamos de ello? Es este un punto sobre el cual tendremos que rompernos la cabeza mucho más de lo que lo hicimos hasta ahora. Está visto que también en esta materia existen, para volver a nuestro tema, fronteras que deben caducar, y cuanto antes mejor. Poco le cuesta a Jesús llevarnos del ghetto en que nos hemos recludo, al mundo que nos necesita, hoy más que nunca.

¡Pongamos pues manos a la obra! ¡No tengamos miedo de dejarnos impulsar por el amor de Cristo! Y alabemos y glorifiquemos así con cuerpo, alma y espíritu al Señor que se entregó por entero en sacrificio nuestro para que fuéramos salvados enteramente.

Trad. E. S.